

## ARTURO CASTELLANOS

Cada vez que sale un libro, echo de menos una o más personas de las que lo leerían con interés y conocimiento y noto la presencia de otras a las que hay que hacerles el paladar para que saboreen a gusto lo que les es propio. No vale afligirse ni tomar a mal el cumplimiento de esta inexorable ley. Más que nos pese, el morir es lo más natural de la vida y, por lo general, lo mejor.

El viejo tiene muchas sensaciones sorprendentes y una de las que más, tal vez sea el echar de menos, cuando se mueren, a las personas con las cuales tenía poca o ninguna relación o que aún teniéndola apenas si se veían.

Si el viejo tiene preocupaciones generales en las que cuenta con todos los vecinos, considerándolos amigos, con solo saber que existen, aunque no los haya visto nunca, entonces cada difunto lo considerará como una pieza de ajedrez que le han comido y no puede reprimir un repulso al saber que ha desaparecido.

Nadie lo podría creer ni valorar esto más que el viejo que experimente tal dolor por la ausencia de los demás, cada vez más agudo, cada vez más hondo.

Arturo, por la proximidad a su tío Antonio, fue

desde pequeño una pieza del engranaje local, que nunca pudo eximirse de mediar en las menudencias alcazareñas y de orientar a la opinión con sus medios. Tuvo muchos pujos de romanticismo, pero los años lo hicieron excéptico y desconsiderado, incluso consigo mismo, sin poder evitar por eso, salir con la lanza quiijotesca cada vez que el caso lo requería.

Fué el mejor impresor de la comarca, aunque no tanto como debía, y pudo hacer por Alcázar, en su arte, mucho más que hizo con su pluma fácil y con su palabra un tanto agarrada. Fué un valor malogrado, no cuajó. Le faltó carácter, capacidad de gobierno y ese hilo misterioso e ignorado, que sujeta al hombre o lo lleva por la senda de las realizaciones nobles.

En el terreno de las probabilidades, Alcázar ha perdido la oportunidad de tener una gran editorial propia, que espera al hombre preparado y abnegado que la realice. En la realidad ha perdido uno de sus hijos representativos, que hasta sin querer se interesaba en sus problemas. Y todos, pueblo y amigos, hemos perdido, cuando menos, el estímulo de sus pareceres, frenadores o impulsadores, en los deliquios con lo entrañable alcazareño.

La planta tarda mucho en florecer y el hombre no menos en dar su fruto.

La existencia entera es una preparación para ese momento de madurez que pasa con la rapidez de la estrella fugaz que cruza el espacio y todo el anhelo, toda la esperanza, que pusimos en ver la flor abierta y respirar su aroma se trueca en melancolía al ver los pétalos ajados arrebatados por el viento.

Aquella lucha, aquella tirantez, que eran en fin de cuentas, vida, deseo de salir y de llegar, al abatirse el contendiente nos deja inermes, desolados y perplejos, sin saber que hacer. ¡Qué pena!